

Carlos Blanco Aguinaga: *De Restauración a Restauración. (Ensayos sobre literatura, historia e ideología)*. Sevilla: Renacimiento, 2007. 420 páginas

Rafael Chirbes: *Por cuenta propia. Leer y escribir*. Barcelona: Anagrama, 2010. 296 páginas.

No sucede a menudo que dos novelistas y ensayistas conocidos que, además, han ejercido durante mucho tiempo la crítica literaria, recojan en volumen sendas colecciones de ensayos que coinciden en no pocos aspectos y se complementan en otros. Coincidencias y complementos podrán sorprender sólo a quienes desconozcan que el primero fue durante largos años maestro principal del segundo, debido a que el más joven pasó buena parte de sus años universitarios combatiendo la dictadura y algunas temporadas en la cárcel. Chirbes reconoce su deuda: “a él [Blanco Aguinaga] tengo que agradecerle lo mucho que me ayudó a entender que leer es, sobre todo, una manera de mirar” (p. 238). Sorprende un tanto, sin embargo, que Chirbes se extrañe de que el libro del maestro no “haya removido el mundillo literario”, que “ni siquiera los zaheridos –que son multitud– se hayan tomado la molestia de defenderse de las heridas de su afilado bisturí”. En cualquier caso, seguro es que la colección de trabajos del novelista valenciano merece los mismos calificativos que él mismo utilizó para valorar la de su antiguo mentor: un libro “tan lúcido como conmovedor” (p. 238). Efectivamente, en ambos libros se dan las reiteradas revisiones de sus trabajos en aras de un ajuste calibrado de remisiones internas y de la supresión de repeticiones innecesarias debido a que los ensayos fueron escritos, con fines determinados y en ocasiones varias, a lo largo de casi una década. Distinta es, sin embargo, la amplitud temporal de los libros: el de Blanco Aguinaga abarca aproximadamente cien años (de la Restauración de los Borbones del siglo XIX a la transición democrática de las décadas setenta y ochenta del siglo XX, que a juicio del autor también fue una Restauración borbónica); los (dieciocho) ensayos de Chirbes tratan asuntos varios, porque diversas fueron las circunstancias y distintos los marcos y los tiempos en que fueron presentados (la redacción del primero lleva fecha de 2002 y versa sobre una obra de Carmen Martín Gaité; el último es de octubre de 2009, y fue leído

con ocasión del congreso de la Asociación de Cervantistas celebrado en Münster). La introducción del libro (dedicado precisamente a Carlos Blanco Aguinaga) no tiene desperdicio, especialmente los apartados sobre la memoria histórica, que para Chirbes no significa otra cosa que “cumplir con la obligación de contar nuestro tiempo, meter el bisturí en lo que este tiempo aún no ha resuelto –o ha traicionado– de aquél, y en lo que tiene de específico” (p. 17).

Blanco Aguinaga¹ recoge en este libro una gavilla de trabajos de desigual extensión, mas de parecida enjundia. Los dos más amplios versan, el primero, sobre las configuraciones de los vencedores y los vencidos en algunas novelas de Galdós (pp. 15-79) y, el segundo, sobre las dificultades teóricas que plantea la integración de la producción literaria del exilio español en la historia de la literatura española (pp. 249-294). También son extensos los dos ensayos que estudian el contexto social, literario y político de los jóvenes del 98 que se rebelaban contra la Restauración (pp. 80-115) y la poesía del bilbaíno Blas de Otero (pp. 295-337). Este trabajo y el que dedica a Galdós son los solos que tratan obras de un único autor; y dos son también los que analizan una única obra: *En torno al casticismo*, de Unamuno, y *Reivindicación del conde don Julián*, de Juan Goytisolo. El espléndido tríptico sobre el exilio se abre con una breve aportación sobre la memoria y la nostalgia de la patria de la primera poesía de Alberti, Prados, Cernuda, Altolaguirre y otros; sigue un ensayo que estudia aspectos preponderantes del regreso a España de los poetas exiliados en México; cierra un excelente e innovador trabajo sobre la herencia cultural de los poetas del 27, que Blanco Aguinaga entiende en la doble acepción de herederos

¹ Como es sabido, Blanco Aguinaga (Irán, Guipúzcoa, 1929) es, además de novelista, un notable crítico e historiador de la literatura española. En 1939 se exilió con sus padres en México, donde creció. Se doctoró en Filología española en la Universidad Autónoma de México. Ha sido catedrático en universidades de México, EE.UU. y España. Entre sus títulos de crítica figuran *El Unamuno contemplativo*, *Emilio Prados: vida y obra*, *Juventud del 98*, *De mitólogos y novelistas*, *La historia y el texto literario: tres novelas de Galdós*, *Historia social de la literatura española* (con Iris Zavala y Julio Rodríguez Puértolas), *Sobre el modernismo, desde la periferia*, y otros más. En el ámbito de la creación literaria cabe recordar sus novelas *Ojos de papel volando* (1984), *Un tiempo tuyo* (1988), *Carretera de Cuernavaca* (1990), *En voz continua* (1997), *Ya no bailan los pescadores de Pismo Beach* (1998) y *Esperando la lluvia de la tarde* (2000). En *Un tiempo tuyo* tematiza el exilio, la identidad, la memoria cultural y colectiva y la Guerra Civil española.

(e.d., lo que recibieron) y heredados (lo que los poetas nos han legado); un cierre que, sin que el estudioso lo declare de manera expresa, el lector comprende que es pórtico y paso obligado para entender el ensayo siguiente, dedicado a Emilio Prados y a la poesía republicana de la guerra civil. El capítulo sobre la recepción de la narrativa del *boom* en España en las décadas de los sesenta y setenta constituye junto con los que versan sobre el exilio y la generación del 27 una de las aportaciones más relevantes del libro; relevante por su talante innovador, por la sutileza analítica, por los resultados del acercamiento endocrítico a una problemática hasta entonces sin antecedentes y, no en postrer lugar, por lo que la recepción de la nueva narrativa latinoamericana significó en su día para la novela española². El estudio concluye con el repaso de algunos trabajos de la etapa de la transición (pp. 383-416), analiza algunas de las novelas que considera significativas y menciona los nombres de los escritores que considera de presencia obligada.

El volumen de Chirbes³ consta de una esencial y detenida introducción y de cuatro secciones: “I. Maestros”, “II. Contemporáneos”, “III. Memorias y maniobras” y “IV. Cuestiones domésticas”. La sección primera recoge cuatro

² El espacio a disposición admite una sola cita, que obligadamente deberá referirse a *Tiempo de silencio* (1962), obra de la que sabemos por Blanco Aguinaga que alcanza “la octava edición en seis años, con dos ediciones en el 69 y dos en el 71, a lo que sigue una novena edición de dos tiradas, 1972 y 1973, hasta de cuarenta y ocho mil ejemplares cada una. Es decir que, aunque provocó un gran entusiasmo entre los «iniciados» de 1962, *Tiempo de silencio* no fue acogida por el mayor público «culto» nacido con el «despegue» económico de los años medios del franquismo hasta que –por así decirlo– no se vio arropada por el éxito de la novela hispanoamericana.” (pp. 370-371)

³ Rafael Chirbes, novelista esencial e imprescindible, se ha mantenido siempre al margen de capillas literarias y ha plantado cara a los envites mediáticos. Ello es así porque, desde antes de los comienzos de su carrera literaria, ha podido asegurar su independencia con los ingresos de sus colaboraciones y labores de redacción en periódicos y otras publicaciones, entre las que destaca la revista culinaria *Sobremesa*. Efectivamente, Chirbes, certero catador y cauteloso sibarita, supo activar los resortes para mantenerse independiente; huérfano de padre desde tierna edad, conoció penurias y carencias de orfanatos, y su formación universitaria fue redondeada con experiencias carcelarias por su temprana oposición a la dictadura. Precisamente en esta época fue de capital importancia la guía y amistad de quien considera su principal maestro: Carlos Blanco Aguinaga. Su mundo novelesco recoge sus vivencias y está caracterizado por una crítica descarnada a los años de la transición política española, que a su juicio fue, también, traición a los ideales democráticos y transacción política; en esta línea se sitúan varios de los ensayos reunidos en el libro.

estudios: los dos primeros tratan, respectivamente, la “revolución literaria” en *La Celestina* (pp. 41-61) y la novela de guerra europea del primer tercio del siglo XX (pp. 62-86); en los otros hace una exégesis de la obra *in toto* de Cervantes (pp. 87-111) y una sentida vindicación de Galdós (pp. 112-149), zarandeado, como sabemos, por algunos escritores de la generación del 98, que, insatisfechos con lo alcanzado, trataron de transmitir sus sentimientos a los grupos juveniles del 27 con “fiebre renovadora” y aspiraciones teóricas⁴.

Cuatro de los siete trabajos que configuran la sección segunda tratan de obras específicas de Ignacio Aldecoa (*Gran Sol*), Martín Gaité (*Cuadernos de todo*), Vázquez Montalbán (sobre todo en referencia –y deferencia– al escritor gourmet y “zapador en la cocina”) y Andrés Barba (sobre su novela *Ahora tocad música de baile* y la piedad, que humaniza cuanto toca). Los dos breves apuntes sobre la novela contemporánea (que a juicio de Chirbes puede asfixiarse en su “exceso de aptitudes” y morir en aras de la excesiva inteligencia) ponen el dedo en dos llagas recientes: la exagerada preocupación de algunos novelistas por mostrar los efluvios y sobrantes de un legado que crece sin cesar de resultas de los saberes teóricos de la ciencia literaria y la pandemia de la autorreferencialidad; tal es así que no duda en afirmar que el novelista ya no ayuda únicamente a “construir la narración, a buscar el sentido de lo colectivo”, a poner en escena “los ritos de la tribu”: captura las “palabras de la tribu y las lleva a su húmeda guarida”, p. 209).

No parece aventurado adelantar que el manojo de trabajos sobre la llamada memoria histórica de la sección tercera será referencia obligada para quienes se dispongan a abordar temática tan concurrida en los últimos tiempos. En el primero, Chirbes recuerda que el presidente Aznar pudo inaugurar la sede de la Fundación Max Aub, y que el “fugaz candidato a la jefatura del gobierno,

⁴ “El desprecio por la obra de Galdós” –rememora Chirbes, a la par que se refiere a las críticas de algunos hombres del 98– “ponía de acuerdo a rancieros monárquicos y clericales con vanguardistas parnasianos, simbolistas y modernistas; a asiduos de misas, procesiones y novenas con fumadores de pipas de kif, bebedores de absenta y frecuentadores de prostíbulos, e incluso con esos enfermos del alma que fueron los noventayochistas, consiguiendo el consenso de una tribu disforme: Galdós se había convertido –ya en sus últimos años de vida– en paradigma de una literatura sin ambición estética, de estilo rasante (de vuelo gallináceo hubiera dicho el propio Galdós) y torpe, tan falto de matices como carente de profundidad psicológica.” (p. 113)

Joaquín Almunia, encontró inmoral” que así fuese: Aub era socialista. Chirbes no duda en subrayar que durante los catorce años de gobiernos socialistas, “la obra de Aub no existió”, que aunque Aznar atara “el cadáver de Aub del carro triunfal de su cortejo”, también los otros querían “usarlo como arma arrojadiza” (p. 217). El segundo trata, en sintonía con el título (“El principio de Arquímedes”), de “desalojos”, de espacios vacíos que habían sido ocupados por los vencedores, huecos dejados por las “víctimas de la guerra, por los ejecutados en la posguerra, por los exiliados” (p. 220); y con ellos habían desaparecido la vida parlamentaria, los partidos políticos, los sindicatos, los centros obreros, las casas del pueblo, entre otros valores y derechos (p. 222).

En el escrito titulado “De qué memoria hablamos” vuelve sobre las *Tesis de la filosofía de la historia* de Walter Benjamín para subrayar la necesidad de desconfiar de las versiones canónicas del relato oficial, interesado en convertir la sedición en discurso desnaturalizado e inofensivo. De ahí que, a su juicio, la declarada moderación de la transición fuese una forma de eufemismo para afirmar que el modelo se daba por acertado y concluido, y que la narración canónica había sido declarada como la mejor posible; y que una vez cerrado el relato, se daba por clausurado el turno de prepuestas: “Se clausuró el pasado, que es donde las dudas nacen.” (p. 242). Salva pocos títulos, entre los que destacan *Si te dicen que caí*, *Un día volveré* (ambos de Juan Marsé) y *El pianista* (de Vázquez Montalbán), novela paradigmática que deja “constancia de que quienes hicieron la historia real no acabaron siendo los protagonistas de la historia oficial.” (p. 244).

En “Una nueva legitimidad” subraya la “cálida oleada de neorrepublicanismo” que cundió en España en 2006, año de la memoria histórica y setenta aniversario del comienzo de la guerra civil: “Ser republicano se había convertido en políticamente correcto.” (p. 252). Hubo incluso personajes públicos que, con ocasión de las conmemoraciones del evento, se mostraban “matizadamente republicanos”: “Soy tan republicano que soy juancarlista”, declaraban los más atrevidos, a la par que ostentaban su “oculta osamenta tricolor”. (p. 251). Dicho sea de forma concisa: Chirles explica la presencia renovada del tema de la memoria a la vida pública como “un intento de recuperación” por parte de la

socialdemocracia de una legitimidad dilapidada durante los primeros gobiernos socialistas de la transición.

Efectivamente, nos hallamos ante dos colecciones de ensayos en parte paralelos y complementarios; dos libros apasionados, lúcidos, incisivos, conmovedores.

José Manuel López de Abiada